

CEGUERA

Y

FIN DE MILENIO

José Saramago, con la lucidez que le caracteriza, plantea en su novela *Ensayos sobre la Ceguera* una situación que los optimistas quisiéramos ver como de ciencia ficción, pero que desgraciadamente, hemos de reconocer que está más cerca del relato descriptivo y realista que de la ficción o la fantasía.

En esta novela un hombre de pronto pierde la vista, mientras espera en un semáforo la luz verde y a partir de este primer caso, poco a poco este terrible mal de la ceguera se va extendiendo como si de una inexorable epidemia se tratara, hasta que casi no queda ni una sola persona con visión.

Solamente una persona conserva la luz de los ojos y puede seguir observando lo que ocurre, pensando y sintiendo; y es ella la que nos da cuenta de la lenta e inexorable degradación de todas las cualidades que caracterizan (al menos en teoría) al ser humano. No por casualidad, esta persona es una mujer.

Esta situación tan desconsoladora sumerge a todos en una vida selvática, reducida a la más elemental ley de la supervivencia, buscar alimento y cobi-

jo, defenderse de posibles ataques, etc. Todos se vuelven sospechosos, ya no hay amistad, familia, relaciones laborales, etc.

En medio de todos estos horrores se produce la paradoja de que las discriminaciones por razón de sexo, creencia, raza, clase social, etc., han desaparecido; nadie es más privilegiado que ningún otro, la desgracia total los ha igualado. Lo que no consiguió la Utopía Moderna, ni la Revolución Científico-técnica, lo ha conseguido, aunque a la contra, este mal universal de la ceguera.

Sin embargo, entre la niebla lechosa que cubre los ojos de esos pobres personajes, se percibe una débil esperanza de la mano de esa mujer, que mantiene la firme lucidez de lo que debe hacer ante la adversidad y el terror. Ella elige ser generosa y solidaria y se decide a guiarlos por la vía de la identidad y la dignidad humanas.

Esta brillante alegoría está en consonancia con lo que ha venido llamándose "La crisis de fin de milenio" y, si bien es verdad que todos los fines de siglo se habla de crisis, no lo es menos que cada vez hay razones sobradas para ello y que, por tanto, no viene mal hacer una

revisión o autocrítica de las crisis correspondientes.

En primer lugar me referiré a la crisis de Fundamentos de la Naturaleza Humana. Desde la Grecia de Platón y Aristóteles hasta la Modernidad de Descartes a Kant, se viene definiendo al Hombre como un ser dotado de razón. De tal manera que la razón se constituye en una facultad nuclear, esencial, que rige los destinos de la Humanidad. La razón se instituye en la facultad que puede resolver los problemas.

Desde el S. XVIII la utopía racional es la puerta abierta a la esperanza para resolver los desequilibrios sociales, económicos, etc. Desde finales del S. XIX, con la aparición de la Filosofía de la sospecha - Nietzsche y en cierto modo, Marx y Freud- se abre una grieta en la solidez de este fundamento definitorio de la naturaleza humana. La razón hace crisis como fundamento, los argumentos que la avalaban como tal ya no se consideran suficientes. Surgen, entonces, otros aspectos del ser humano que se consideran igualmente definitorios, tales como el instinto o el sentimiento. No se trata de negar la capacidad racional, lo que se pone en duda es que esa capaci-



Esta crisis
del
fundamento
de la
naturaleza
humana está
relacionada
con la otra
gran crisis
de
fundamentos:
la de la Ética
que produce
la quiebra
de la
seguridad
axiológica

dad esté por encima de otras capacidades igualmente humanas.

En definitiva, lo que entra en crisis es el lugar de privilegio, de centro, y lo que se produce es un des-centramiento de la razón, tema nuclear del Pensamiento Postmoderno.

Esta crisis del fundamento de la naturaleza humana está relacionada con la otra gran crisis de fundamentos: la de la Ética que produce la quiebra de la seguridad axiológica. Al no poder certificar con categoría de certeza los rasgos conceptuales de lo bueno y lo malo, el estatuto epistemológico de la Ética queda limitado por la categoría de incerteza (tema que Gabriel Bello ha desarrollado en investigaciones recientes). Esto no significa que los problemas éticos sean inabordables, significa que no hay soluciones únicas, verdaderas y absolutas, sino que habrá que someterlas a las reglas del diálogo, del consenso y el disenso. En conclusión, la categoría de totalidad se sustituye por la de pluralidad.

Respecto a la crisis en la práctica política hay que resaltar la denuncia de la incoherencia del sistema democrático-formal, de la democracia representativa que deriva en una organización racional burocratizada, preconizada por la sociología de M. Weber, como cárcel de hierro invisible, y por la literatura de Kafka en su análisis de una sociedad que, a fuerza de desarrollar la racionalidad burocrática, cae en el absurdo y la des-humanización.

Por otra parte, nos encontramos con lo que se ha llamado crisis de civilización. Europa, que se había autoproclamado núcleo de civilización y modelo de cultura, que narraba la Historia en clave eurocentrista, sufre un descentramiento después del horror del holocausto, que la sumerge en la barbarie, teniendo que dar paso al multiculturalismo.

La Revolución Informática, por su parte, que había surgido bajo el signo esperanzado de convertir el mundo en una aldea-al decir de Mc. Luham-en el sentido de la comunicación total entendida como práctica liberadora que derribaría las barreras nacionalistas y particularistas, no sólo no ha cumplido ese objetivo (baste pensar en las guerras y conflictos nacionalistas que se suceden de continuo), sino que ha multiplicado las barreras entre las personas llevan-

do el individualismo a una situación extrema.

En cuanto a la Economía, que parecía haber entrado en una vía de desarrollo y crecimiento indefinido, alimentando la esperanza de acabar con la indigencia planetaria, cae en la paradoja de que cuanto más avanza la Revolución Científico-técnica y más producción se puede realizar con menos coste humano, genera más pobreza, paro y miseria. De la utopía de la sociedad del ocio se ha pasado a la dura realidad de la sociedad de los desempleados, de la inestabilidad de la competencia selvática y de los nuevos nómadas (los sin techo y los okupa).

Por último, voy a hacer referencia a la crisis que parece englobar a todas las demás, algo así como la madre de todas las crisis, que podría decantarse como el problema central del Siglo XXI: la relación Norte-Sur. Las sociedades del bienestar y el despilfarro frente a las sociedades diezmadas por las hambrunas, la miseria, las epidemias, etc. ¿Sociedades civilizadas frente a sociedades primitivas? ¿La civilización y cultura milenarias han sido elaboradas por el Norte? O más bien ¿El Sur representa la unión de civilización y pobreza, mientras que el Norte representa la de riqueza y barbarie? Estas preguntas, entre otras, constituyen una paradoja que está aún por resolver.

Para terminar quiero citar un texto de L. Racionero que me parece oportuno al respecto. "El Norte tiene la industria, y con ella la modernidad, el Sur no siempre tiene la civilización, pero sí una tradición cultural neolítica, agrícola o preindustrial. El sur es pobre pero tiene una sociedad fuerte, cohesionada por valores tradicionales, que aún no ha roto el individualismo industrial con su consiguiente masificación. El Norte es rico y desarrollado pero da muestras de fatiga y desorientación, por exceso de materialismo -no sólo de pan vive el hombre- y por no saber utilizar sabiamente su propio éxito.

Ha llegado el momento de volver al ideal epicúreo y humanista del Mediterráneo y, por extensión, de todos los mediterráneos o sures civilizados del mundo".

(Luis Racionero: *El Mediterráneo y los bárbaros del Norte*. Plaza y Janés. Barcelona. 1996 pág. 13)